

Escultor de su propio genio

Por el Dr. JUAN NASIO

Cajal es el crisol psico-físico de los temperamentos españoles. Amalgamó la fuerza espiritual con la fuerza instintiva. La primera, utópica quijotesca, explica un San Ignacio de Loyola, un San Juan de la Cruz, un Zurbarán; y la segunda explica toda la empresa heroica y accionaria de España. Heredó el espíritu de lucha de Pérez de Pulgar y Garcilaso de la Vega; la valentía de Severet y el estoicismo de Séneca. Su constancia y arrojo parecen estar auspiciados por los mártires de Mérida, Tarragona, Córdoba y Toledo. De esta manera se explica una España permanente en un espíritu excelso, motorizado, fisificado por un instinto imbatible. Tenía las condiciones para ser genio, porque no se es genio por inspiración o por azar, sino por inteligencia al servicio de un ideal y con la garantía de una perseverancia perdurable. Genio es el que se esfuerza por los demás y a pesar de los demás; que suma lo que otros restan; que defiende lo que otros combaten; que construye por todo lo destruido o por los eternos destructores. Es el que afirma siempre los valores permanentes del hombre ante los negadores que viven en el nirvana de su fracaso, despertando solamente por los sobresaltos de las pesadillas de sus remordimientos. Genio, en fin, es el que lucha por el bien de su patria para bien de la humanidad.

Eso fué Cajal: un genio. Pero más hombre que genio, ya que esa es la única manera de ser genio de verdad.

Cajal esculpió su genialidad con las armas espirituales que significaban su vocación fervorosa al calor, siempre, de una indeclinable fe cristiana. Fué el propio escultor de su singular personalidad. Su mármol su bronce y su arcilla la constituían la humana condición de español. El cincel fué su voluntad, que no conoció descanso y no desfalleció ante nada. Hace poco, en nuestro país, Elyherabide afirmó con emoción "su vida magnífica es vívido ejemplo de cuanto puede redituarse una mentalidad privilegiada, indeleble por la observación inteligente y tenaz en la constante y severa disciplina del trabajo". (1).

Para Luis de Ortega Morejón, "fué un maestro nacional de voluntades". (2) y para Recasens, Cajal está colocado "entre los grandes hombres por su inteligencia y su voluntad" (3). Uno de sus más fieles discípulos, Marañón, expresa: "Sí, eran su intuición biológica y su tino técnico y su capacidad constructiva para los esquemas doctrinales, de categoría genial", y más adelante agrega: "Yo no concibo el genio sin algo de sobrehumana fuerza material; y al decir sobrehumano se refiere, más que a su cantidad a su fervor" (4).

Con inspiración filosófica, Alfonso de la Peña, define el genio

como "la reacción que la naturaleza con Dios utiliza como de defensa colectiva y los crea para galvanizar los espíritus y redimirlos de esas crisis que constantemente amenazan el alma de los pueblos" (5).

Los genios podrían ser clasificados en dos clases: los que están al servicio de la humanidad y los que están a su propio servicio. Los unos y los otros exhiben aptitudes extraordinarias, pero los primeros actúan y conciben con un ideal plétórico de fe, esos son los verdaderos genios, porque los que actúan sin fe son monstruos al servicio de cualquier catástrofe o criminalidad, que se ahogan en un nihilismo corruptor. Lo más grande que tiene un genio no es su singular capacidad o idoneidad, sino la espiritualidad. Cajal tenía alma, de ahí que fuera genio brillante cual ninguno. Su obra, que en el espacio alcanzó universalidad, tal como expresa Hernando (6), y que el tiempo inmortalizó, es la expresión vivida de su alma.

El secreto del éxito de Cajal no existió nunca. Todos lo conocen y está al alcance de cualquiera. En la autobiografía de su infancia nos cuenta de dónde le nació el entusiasmo por la lucha. Al referirse a los protagonistas de las novelas románticas que leía, expresa: "El fin, aunque por medios incorrectos, trabó conocimientos con estos héroes hijos de la fantasía, seres soberbios y magníficos, todo voluntad y energía, vibrantes de pasión más que humana" (7). Y aclara su pensamiento: "Lo que más me impresionó fué el noble orgullo de quien por su propio esfuerzo descubre una isla salvaje llena de peligros, capaz de transformarse, gracias a los milagros de la voluntad y del trabajo inteligente, en un delicioso paraíso" (8).

Igualmente, al referirse a los obstáculos que ofrece la lucha por la vida sienta un sano principio que es digno de ser conocido por su alta significación: "Esto, que me parecía antes una gran desgracia, lo conside-

- (1)—EYHERABIDE, R. A.: Homenaje a Santiago Ramón y Cajal en el centenario de su natalicio; en Rev. Méd. Arg: 1952-66-169.
- (2)—OLMET, I. A. y TORRES BERNAL, J.: CAJAL (Madrid, (1918): Pueyo: Pág. 556.
- (3)—IBIDEM: Pág. 356.
- (4)—MARANON, G.: Cajal: su tiempo y el nuestro; (Madrid, (1951) Espasa Calpe: Pág. 111.
- (5)—DE LA PENA, A.: Cajal, el zenit y su oportunidad; en "Semana Médica"; 1952-53-277.
- (6)—HERNANDO, F.: La enseñanza de la medicina en España; Madrid, 1934. Espasa Calpe.

ro ahora como una gran fortuna. El que tiene facilidad para hacer las cosas y obtiene triunfos sin esfuerzo está muy cerca de la inclinación a la holganza. Mientras que el que tropieza con dificultades para ser brillante tiene mucho camino andado para ser laborioso" (9). El genio sin fe, del que ya hemos hablado, no era admitido por Cajal, pues era, según sus propias palabras, "una grande capacidad especializada y como monstruosa". (10). Cajal creyó siempre en la voluntad. Marañón afirma, con justicia: "La auto dedicación de Cajal, es sobre todo, un milagro de la voluntad" (11). Con motivo del homenaje que la Universidad de Madrid le rindiera, a raíz de habersele otorgado el premio Nobel, cómo Crisipo y Diógenes menospreciaban su gloria y confesaba: "La historia de mis méritos es muy sencilla; es la vulgarísima historia de una voluntad indomable resuelta a triunfar a toda costa... Mi fuerza fué el sentimiento patriótico: mi norte, el enaltecimiento de la toga universitaria; mi ideal, aumentar el caudal de ideas españolas circulantes por el mundo, granjeando respeto y simpatía para nuestra ciencia, colaborando, en fin, en la grandiosa empresa de descubrir la Naturaleza, que es tanto como descubrirnos a nosotros mismos". (12).

Con estos principios esculpió su propio genio. Primero, fervor o entusiasmo, que define Marañón como "la afición intensa, cordial, que es en suma la vocación que vence con toda certeza la falta de aptitud" (13). A Cajal le sobraban condiciones, pero su entusiasmo era inagotable. Y si su fervor afianzaba sus aptitudes exaltaba su inteligencia. Con razón Ortega sostiene: "Por ser el hombre primariamente voluntad, es precisamente por lo que luego tiene que ser también inteligencia" (14).

Cajal plasmó su talento al través de la constancia y persiguiendo siempre un noble ideal. Le llamamos genio por sus aptitudes extraordinarias para la observación y para el estudio, que le permitieron crear ciencia fecunda y que redituó en bien de la sociedad.

Al hablar o escribir sobre la genialidad de Cajal, se comete fre-

(7)—RAMON Y CAJAL, S.; La infancia de Ramón y Cajal contada por él mismo; Op. Cit.; pág. 83-94.

(8)—IBIDEM; págs. 94-95.

(9)—IBIDEM; págs. 120.

(10)—RAMON Y CAJAL, S.; Charlas de Café; (Madrid, 1921); Espasa Calpe; pág. 100.

(11)—MARAÑÓN, G. Cajal, su tiempo y el nuestro; Op. Cit.; pág. 9.

(12)—

cuentemente la injusticia de compararlo con sus contemporáneos o inmediatos predecesores. De acuerdo a este criterio huérfano de perspectivas históricas se llega a atacar gratuitamente el progreso científico de España en la era cajaliana. El genio es el porvenir anticipado, de ahí que no puede terminar su análisis en perjuicio del tiempo que le toca vivir. Estos hombres acortan las etapas del futuro. En vez de esperar superan y en lugar de avanzar con el ritmo ordinario realiza saltos extraordinarios, gracias a la artificial medida cronológica que el hombre ha hecho del tiempo. La comparabilidad de un genio habría que hacerla con un periodo de su devenir, donde su obra fuera parangonable con los nuevos adelantos. Imputar déficits por superávits extraordinarios es un error grave de contabilización. No puede el historiador comparar la capacidad de geógrafo y navegante de Cristóbal Colón con la ciencia de su tiempo. Es evidente que todo análisis de la obra genial de un hombre deja en blanco, y muy por debajo, los periodos históricos que antecedieron a estas acciones. Justamente, en esta aparente desproporción reside la fuerza genial. Allí está lo extraordinario, lo singular, lo que rompe la rutina, con los conocimientos previos o con el ritmo determinado que hasta ese instante ha tomado el saber o el hacer de una determinada actividad física o mental. El genio salta etapas, quema historia, revoluciona las perspectivas del historiador, conmueve, confunde, desorienta y sorprende a sus coetáneos. De allí que el recelo, la desconfianza y la calumnia rodeen siempre, en los primeros tiempos, toda obra genial. Estos defectos humanos son hijos del espíritu conservador y hedonista del hombre, más que de la envidia o el egoísmo. Por esta razón, el enfoque de un sabio con respecto a su tiempo, no puede hacerse en comparación con nada, porque el genio es incomparable por antonomasia. Qué enfoque podemos realizar de un Shakespeare, de un Cervantes o de un Wagner, si justamente ellos se distinguieron por la rapidez con que se alejaron del ritmo que en el arte literario o en la música de su tiempo predominaba? El hombre, cuando no es genio, como todo mortal es hijo de algo y es producto o resultante de un determinado periodo o momento histórico. "Todos los hombres son al fin y al cabo de una misma estatura, y el verdadero arte solo es posible cuando hay la convicción de que cada talento, tendrá en alguna ocasión su apoteosis" (13). Por eso cuando se perfila su capacidad, su índole singular y su originalidad; cuando, en fin, se llega a la apoteosis de que habla Emerson, ya no es hijo ni del momento ni de maestro alguno. Por el contrario, está por encima

(13)—MARAÑÓN, C.: *Tiempo viejo y tiempo nuevo*. (Buenos Aires, 1947); Espasa Calpe; pág. 122.

(14)—ORTEGA Y GASSET, J.: *Ideas y creencias*; (Buenos Aires, 1945; Espasa Calpe; pág. 123.

de las dimensiones artificiales que el hombre ha establecido para un mejor progreso. Este introito es necesario hacerlo para auspiciar el estudio de Cajal y de su obra y no podemos ni tenemos derecho a relacionarlo para mal del momento histórico o la etapa que precedió a Cajal en el orden científico.

Un Biografista de Cajal sorprende al acusar de incapaces a sus profesores. Y preguntamos: de qué capacidad nos habla? Si se quiere referir a la incapacidad existente para formar un sabio como Cajal, podemos admitirla, pero entonces tendríamos que aplicar tal criterio a todos los profesores o maestros de genios, pues no conocemos ni escuelas ni maestros de genios, ellos están por encima de toda medida o cartabón que pretenda encuadrarles nada más que como hombres en un período determinado de la humanidad. Si se insiste en esta precaria teoría de genializar la historia, tendremos que concluir con que los genios, en lugar de hacer bien, han hecho mal, ya que su luminosidad, al querer ser comparada con los hechos habituales de la historia, oscurecería los períodos que abarcarían la existencia de estos hombres. Incluso sus propios padres, serían los primeros perjudicados. Lo justo, lo que corresponde, no es genializar la historia, sino humanizarla. Si así lo hacemos, podremos enfocar al genio con respecto a su tiempo, sin peligro de caer en deformaciones y en imperdonables injusticias contra los hombres y los hechos que le rodean. Una relación se hace con elementos similares. La disimilitud es irrelacionable, y por lo tanto, cuando en una reunión de hechos vemos que algunos, por su desproporción en relación a los demás, se destaca evidentemente, lo aislamos del resto de los factores y efectuamos una división entre elementos ordinarios y extraordinarios.

Reivindicamos un respeto mínimo a la época que vivió Cajal, no con el objeto de panegirizar, omitir ni olvidar errores o déficits, sino para que la luz del genio no desfumbe a todo lo demás. Parvo será el homenaje que pueda hacerse a una figura inmortal, como Cajal, que vivió trabajando para brindar un poco más de paz, felicidad y saber a la humanidad doliente, si negamos al medio que lo rodeó.

Cajal exculpió su propio genio bajo la inspiración de una profunda fe y de una inquebrantable tenacidad; llegó a ser un genio porque humana fué la tierra y humana la semilla.